

Alexandre Dumas

Blanca de Beaulieu

CAPÍTULO I

El que, al anochecer del 15 de diciembre de 1793, hubiese salido de la ciudad de Clisson para ir al pueblo de Saint-Crépin y se hubiese detenido en la cresta de la montaña a cuyo pie corre el río Moine, hubiera visto, al otro lado del valle, un extraño espectáculo.

En primer término, hubiera advertido, en el lugar en que sus ojos hubiesen buscado el pueblo perdido entre los árboles y en medio de un horizonte oscurecido ya por el crepúsculo, tres o cuatro columnas de humo que, separadas por la base, se juntaban ensanchándose, se agrupaban un instante formando una oscura cúpula, y cediendo blandamente al húmedo viento del oeste, rodaban en aquella dirección, confundidas con las nubes de un cielo bajo y brumoso. Hubiera visto aquella base enrojecer lentamente, después cesar el humo, y techos de casas y agudas lenguas de fuego reemplazar a aquéllas con sordo temblor, ya retorciéndose en forma de espirales, ya encorvándose y elevándose como el palo mayor de un navío. Le hubiera parecido que muy pronto todas las ventanas se abrían para vomitar fuego. De vez en cuando, y si algún tejado se hundía, hubiera oído un ruido sordo, hubiera distinguido una llama más viva, mezclada con millares de chispas, y, al sangriento resplandor del incendio que crecía, armas relucientes y un círculo de soldados que se oían a lo lejos. Hubiera oído gritos y risas, y hubiera dicho con terror: «Dios me perdone: es un ejército que se calienta al amor de una ciudad que arde».

Efectivamente, una brigada republicana de mil doscientos o mil quinientos hombres había encontrado abandonado el pueblo de Saint-Crépin y le había pegado fuego.

Esto no era una crueldad; era una táctica guerrera, un plan de campaña como otro cualquiera, plan que la experiencia demostró que era el único bueno.

Una cabaña aislada era lo único que no ardía, y hasta parecía que se habían tomado todas las precauciones necesarias para que el fuego no le alcanzase. Dos centinelas vigilaban la puerta, y a cada instante entraban oficiales y ayudas de campo, para salir en seguida a llevar órdenes.

El que daba estas órdenes era un joven que parecía tener de veinte a veintidós años; largos cabellos rubios, separados de la frente, caían ondulándose a uno y otro lado de sus blancas y enjutas mejillas; toda su figura llevaba el sello de aquella fatal tristeza que llevan en la frente los destinados a morir jóvenes. Su capa azul, envolviéndole, no le escondía tanto que no dejase percibir las insignias de su grado, dos charreteras de general; únicamente que aquellas charreteras eran de lana, pues los oficiales republicanos habían hecho a la Convención la ofrenda patriótica de todo el oro de sus vestidos. Estaba inclinado sobre una mesa; un mapa geográfico estaba

extendido ante sus ojos; y trazaba en él con lápiz, a la claridad de una lámpara cuyo reflejo quedaba absorbido por el del incendio, el camino que sus soldados iban a seguir. Era el general Marceau, que, tres años más tarde, debía morir en Altenkirchen.

—¡Alejandro! —dijo levantándose a medias—. ... ¡Alejandro! Eterno dormidor. ¿Sueñas acaso con Santo Domingo para dormir tanto?

—¿Qué hay? —dijo poniéndose en pie con sobresalto aquel a quien se dirigía, y cuya cabeza tocaba con el techo de la cabaña—. ¿Qué hay? ¿Viene acaso el enemigo a...?

Y estas palabras fueron dichas con un ligero acento de criollo, acento que conserva su dulzura hasta cuando amenaza.

—No; es que hemos recibido una orden del general en jefe Westermann.

Y mientras que su colega leía aquella orden, pues aquel a quien había apostrofado era su colega, Marceau miraba con curiosidad infantil las formas musculares del hércules mulato que tenía ante sus ojos.

Este era un hombre de veintiocho años, de cabellos rizados y cortos, tez morena, frente despejada y dientes blancos, y cuya fuerza casi sobrenatural era conocida de todo el ejército, que le había visto en un día de batalla hender un casco hasta la coraza, y, un día de parada, ahogar entre sus piernas un fogoso caballo que montaba. Tampoco éste alcanzaría gran longevidad; pero, menos feliz que Marceau, debía morir lejos del campo de batalla, envenenado por orden de un rey. Era el general Alejandro Dumas; era mi padre.

—¿Quién ha traído esta orden? —Dijo.

—El representante del pueblo de Delmar.

—Está bien. ¿Y en dónde deben reunirse esos pobres diablos?

—En un bosque, a legua y media de aquí. Míralo en el mapa; aquí está.

—Sí; pero en el mapa no hay los barrancos, los árboles cortados y los mil caminos que confunden la verdadera vía, en donde apenas si puede uno reconocerse, ni aún durante el día... ¡País infernal!... A más de esto siempre hace aquí frío.

—Ten —dijo Marceau empujando la puerta con el pie enseñándole el pueblo incendiado—, sal y te calentarás... ¡Eh! ¿Qué hay ahí, ciudadanos?

Esas palabras iban dirigidas a un grupo de soldados que, buscando víveres, habían encontrado, en una especie de pocilga perteneciente a la cabaña en que estaban los dos generales, a un aldeano vendeano que parecía estar borracho de tal modo, que era probable que no hubiese podido seguir a los habitantes del pueblo cuando estos lo abandonaron.

Figúrese el lector un aldeano de cara estúpida, sombrero grande, largos cabellos, chaqueta gris; ser bosquejado a imagen del hombre, y un grado superior solamente a la bestia; pues era evidente que el sentido común faltaba a aquella masa. Marceau le hizo algunas preguntas; el patuá y el vino hicieron sus respuestas ininteligibles. Iba a entregarlo como juguete a los soldados, cuando el general Dumas dio bruscamente la orden de evacuar la cabaña y de encerrar allí al prisionero. Éste permanecía aún en la

puerta; un soldado le empujó hacia el interior; fue, dando traspiés, a apoyarse contra la pared; vaciló un instante, oscilando sobre sus piernas medio dobladas, y después, cayendo torpemente extendido, permaneció sin movimiento. Un centinela se colocó ante la puerta, y ni siquiera se tomaron el trabajo de cerrar la ventana.

—Dentro de una hora podremos marchar —dijo el general Dumas a Marceau—; ya tenemos un guía.

—¿Y quién es?

—Este hombre.

—Sí; eso sería bueno si hubiésemos de marchar mañana; pero con lo que ha bebido ese bribón tiene sueño para veinticuatro horas.

Dumas se sonrió.

—Ven, le dijo.

Y le condujo bajo el tinglado en que el aldeano había sido encontrado; un sencillo tabique les separaba del interior de la cabaña; además estaba surcado de hendiduras que dejaban distinguir lo que allí pasaba; y había debido permitir escuchar hasta la menor palabra de los dos generales que, un instante antes, se encontraban allí.

—Ahora, añadió bajando la voz, mira. Marceau obedeció, cediendo al ascendiente que sobre él tenía su amigo hasta en las cosas más insignificantes de la vida. Con dificultad pudo distinguir al prisionero, que, por casualidad, se había caído en el rincón más oscuro de la cabaña. Yacía aún en el mismo lugar, inmóvil; Marceau se volvió para buscar a su colega: había desaparecido.

Cuando volvió a dirigir sus miradas a la cabaña, le pareció que el que la habitaba había hecho un ligero movimiento; su cabeza estaba colocada en una dirección que le permitía abrazar el interior de una ojeada. Bien pronto abrió los ojos bostezando como un hombre que se despierta, y vio que estaba solo.

Un rayo singular de inteligencia y de alegría iluminó su cara.

Desde entonces fue cosa evidente para Marceau que hubiese sido engañado por aquel hombre, si una mirada más experta que la suya no lo hubiese adivinado todo. Lo examinó, pues, con más atención; su cara había vuelto a tomar la primera expresión, sus ojos se habían cerrado de nuevo, sus movimientos eran semejantes a los de un hombre que vuelve a dormir; en uno de estos movimientos, enganchó con el pie la ligera mesa que sostenía el mapa la orden del general Westermann que Marceau había puesto encima de ella; todo cayó en desorden; el soldado de guardia entreabrió la puerta, metió la cabeza al oír el ruido, y al ver lo que lo había causado, dijo, riéndose, a su compañero:

—Es el ciudadano que sueña.

A pesar de que éste había oído estas palabras, sus ojos volvieron a abrirse, y dirigió una mirada de amenaza al soldado; después, con rápido movimiento, cogió el papel en que estaba escrita la orden y lo escondió en su pecho.

Marceau retenía el aliento; su mano derecha parecía estar colada al puño de su sable, y su mano izquierda, puesta en la frente y apoyada contra el tabique, sostenía

todo el peso de su cuerpo.

El objeto de su atención cambió entonces; bien pronto, ayudándose con el codo y con las rodillas, avanzó lentamente, siempre acostado, hacia la entrada de la cabaña. La rendija que existía entre el dintel y la puerta le permitió percibir las piernas de un grupo de soldados que estaban delante de ella. Entonces, con paciencia y lentitud, empezó a arrastrarse hacia la ventana entreabierta; después, llegado a tres pies de ella, buscó en su pecho un arma que llevaba escondida, se encogió, y de un solo salto, semejante al de un jaguar, se lanzó fuera de la cabaña. Marceau arrojó un grito; no había tenido tiempo de prever ni de impedir aquella huida. Otro grito respondió al suyo, pero éste era un grito de maldición. El vendeano, al caer fuera de la ventana, se había encontrado frente a frente con el general Dumas; quiso herirle con su cuchillo; pero éste, cogiéndole la muñeca, lo dirigió contra su pecho, y no hubiera tenido más que empujar un poco para que el vendeano se hubiese herido a sí propio.

—Marceau, te había prometido un guía, y aquí tienes uno que espero que ha de ser inteligente.

—¡Bribón! Podría hacerte fusilar, —dijo al aldeano—; pero prefiero dejarte vivir. Has oído nuestra conversación, pero no irás a contársela a los que te han enviado. Ciudadanos —se dirigía a los soldados que habían sido atraídos por esta curiosa escena—; que dos de vosotros tomen cada uno por una mano a este hombre y le coloquen a la cabeza de la columna. Sera nuestro guía. Si advertís que os engaña, si hace un movimiento para huir, levantadle la tapa de los sesos y arrojadle por encima del vallado.

Después, algunas órdenes dadas en voz baja pusieron en movimiento aquella línea de soldados que se extendía alrededor de las cenizas de lo que había sido un pueblo. Estos grupos se prolongaron, los pelotones parecían soldarse unos a otros. Se formó una línea negra; descendió a lo largo del peligroso camino que separa Saint-Crépin de Montfaucon; se introdujo como se introduce una rueda en un carril, y cuando, algunos minutos después, la luna pasó entre dos nubes y se reflejó un instante sobre aquella cinta de bayonetas que se deslizaban sin ruido, se hubiese creído ver que una inmensa serpiente negra con escamas de acero se arrastraba en la sombra.

CAPÍTULO II

Triste cosa es para un ejército el tener que hacer una marcha de noche. La guerra es bella en un hermoso día, cuando el cielo contempla la pelea, cuando los pueblos, apostándose en los alrededores del campo de batalla como en las gradas de un circo, aplauden a los vencedores; cuando los conmovedores sonidos de los instrumentos de cobre hacen estremecer las animosas fibras del corazón; cuando el humo de mil cañones os cubre como un sudario, cuando amigos y enemigos están allí para veros morir como un valiente; ¡esto es sublime! ¡Pero la noche!... Ignorar cómo os atacan y cómo os defendéis; caer sin saber quién os ha herido, ni de qué punto ha venido el golpe; sentir que los que aún continúan en pie os pisotean sin saber quién sois y andan por encima de vuestro cuerpo... ¡oh!... entonces no se rinde uno como un gladiador, sino que se rueda, se muerde la tierra y se clavan en ella las uñas. ¡Es horrible!

Por eso este ejército iba triste y silencioso; porque sabía que a uno y a otro lado del camino se prolongaban grandes vallados, campos enteros de retamas y de aliagas, y que al extremo del camino les esperaba un combate, y un combate nocturno.

Llevaban media hora de marcha; de vez en cuando, como he dicho ya, un rayo de luna se filtraba entre dos nubes y dejaba percibir, a la cabeza de aquella columna, al aldeano que servía de guía, con el oído atento al menor ruido y siempre vigilado por los dos soldados que iban a su lado. A veces se oía en los flancos algún rozamiento de hojas; la cabeza de la columna se detenía de repente; varias voces gritaban: «¿Quién vive?...». Nadie respondía, y el aldeano decía riéndose:

—Es una liebre que sale de su madriguera.

Algunas veces los dos soldados creían ver agitarse ante ellos algo que no podían distinguir. Se decían uno a otro:

—¡Observa!

Y el aldeano respondía:

—Es vuestra sombra; adelante siempre.

De repente, en una vuelta del camino, vieron levantarse ante ellos dos hombres. Quisieron gritar; uno de los soldados cayó sin proferir una palabra; el otro vaciló un segundo, y sólo tuvo tiempo para decir:

—¡A mí!

Veinte tiros se dispararon al instante; al resplandor de los fogonazos pudo distinguirse a tres hombres que huían; uno de ellos vaciló y se arrastró un instante a lo largo del declive, esperando alcanzar el otro lado del vallado. Corrieron hacia él, pero no era el guía; le interrogaron, pero no respondió nada; un soldado le atravesó el brazo con su bayoneta para ver si estaba bien muerto. No había duda; lo estaba.

Entonces fue cuando Marceau se constituyó en guía. El estudio que había hecho de las localidades le hacía concebir la esperanza de no extraviarse. Efectivamente, después de un cuarto de hora de marcha se pudo ver el fondo obscuro del bosque. Allí era donde, según noticias recibidas por los republicanos, debían reunirse, para oír una misa, los habitantes de algunos pueblos y los restos de algunos ejércitos; mil ochocientos hombres, poco más o menos.

Los dos generales dividieron su pequeña tropa en varias columnas, con orden de cercar el bosque y dirigirse por todos los caminos que condujesen al centro; calcularon que con media hora bastaría para tomar las posiciones respectivas. Un pelotón se detuvo en el camino que se encontraba delante de él; los otros se extendieron en círculo; se oyó todavía un instante el ruido cadencioso de sus pasos, que iba debilitándose; se extinguió por completo, y se restableció el silencio. La media hora que precede a un combate pasa pronto. Apenas si el soldado tiene tiempo para ver si el fusil está bien cebado, y para decir a su compañero:

—Tengo veinte o treinta francos en el rincón de mi mochila. Si muero, envíaselos a mi madre.

La palabra ¡adelante! resonó, y todos se estremecieron como si no la esperasen.

A medida que avanzaban, les parecía que la encrucijada que forma el centro del bosque estaba iluminada; al aproximarse, distinguieron antorchas que alumbraban; bien pronto los objetos se hicieron más visibles, y un espectáculo del que ellos no tenían siquiera idea apareció a sus ojos.

Sobre un altar groseramente representado por unas cuantas piedras amontonadas, el cura de Santa María de Rhe decía una misa; unos ancianos rodeaban el altar, con una antorcha en la mano, y alrededor, mujeres y niños rezaban de rodillas. Entre este grupo y los republicanos, había una muralla de hombres que por uno de sus flancos más estrechos ofrecía el mismo plan de batalla para el ataque que para la defensa. Sin necesidad de ver, como se veía en la primera fila del enemigo, al guía que había huido, se hubiera comprendido fácilmente que habían sido prevenidos. Ahora, aquel guía era un soldado vendeano con el uniforme completo, que llevaba en el lado izquierdo del pecho el corazón de paño rojo que les servía de insignia, y, en el sombrero, el pañuelo blanco que reemplazaba al penacho.

Los vendeanos no esperaron a que les atacasen; habían colocado tiradores en el bosque y empezaron el tiroteo; los republicanos avanzaron con el arma al brazo, sin responder al fuego reiterado de sus enemigos y sin que, después de cada descarga, profiriesen más palabras que las de:

—¡Apretad las filas! ¡Apretad las filas!

El sacerdote no había acabado la misa, y seguía adelante, permaneciendo su auditorio ajeno a lo que allí pasaba y siempre arrodillado. Los soldados republicanos continuaban avanzando. Cuando estuvieron a treinta pasos de sus enemigos, la primera fila se arrodilló; tres líneas de fusiles se inclinaron como espigas encorvadas por el viento. La fusilería estalló; vióse que las filas de los vendeanos se hacían

menos densas, y algunas balas, pasando a través de aquellas, fueron hasta el pie del altar a matar mujeres y niños. Hubo, entre la multitud, un momento de gritos y de tumulto. El sacerdote alzó a Dios; las cabezas se inclinaron hasta tocar en tierra, y todo quedó en silencio.

Los republicanos hicieron una segunda descarga a diez pasos, con tanta calma como si estuviesen en una revista; con tanta precisión como en un ejercicio de tiro. Los vendeanos respondieron; después ni unos ni otros tuvieron tiempo para volver a cargar sus armas; tocaba el turno a la bayoneta, y en esto toda la ventaja estaba evidentemente por parte de los republicanos, que estaban regularmente armados. El sacerdote continuaba diciendo la misa.

Los vendeanos recularon; filas enteras caían sin más ruido que el de las maldiciones. El sacerdote llegó a fijarse en ello e hizo un signo. Las antorchas se apagaron y el combate quedó en la obscuridad. Después de esto, aquello se convirtió en una escena de desorden y de carnicería, en que todos golpeaban sin ver, con rabia, y morían sin pedir gracia; gracia que por otra parte, no se concede fácilmente cuando no se oye que lo piden en el idioma de uno mismo.

Sin embargo, estas palabras de «¡Gracia! ¡Gracia!» fueron pronunciadas con voz desgarradora a los pies de Marceau, que iba ya a herir.

El que las pronunciaba era un joven vendeano, un niño sin armas que procuraba salir de aquel horrible desorden.

—¡Gracia! ¡Gracia! —decía—. ¡Salvadme en nombre del cielo, en nombre de vuestra madre!

El general le condujo a algunos pasos del campo de batalla, para sustraerle a las miradas de sus soldados; pero muy pronto se vio obligado a detenerse; el joven se había desmayado. Aquel exceso de terror, por parte de un soldado, asombró al general; pero no por eso se dio menos prisa a socorrerle, y desabrochó su ropa para darle aire; era una mujer.

No había que perder un instante; las órdenes de la Convención eran terminantes; todo vendeano cogido con las armas en la mano o formando parte de alguna partida, cualquiera que fuese su sexo o edad, debía perecer en el cadalso. Sentó a la joven al pie de un árbol y corrió hacia el campo de batalla. Entre los muertos distinguió un joven oficial republicano cuya estatura vendría a ser poco más o menos como la de la desconocida; le quitó a toda prisa su uniforme y su sombrero, y volvió al lado de la vendeana. El fresco de la noche la sacó bien pronto de su desmayo.

—¡Padre mío! ¡Padre mío! —Fueron sus primeras palabras.

Después se levantó y apoyó las manos en la frente, como para fijar sus ideas.

—¡Oh! ¡Esto es horrible! Estaba con él y le he abandonado. ¡Padre mío, padre mío! ¡Acaso estarás muerto!

—Señorita Blanca, —dijo una cabeza que apareció de repente detrás de un árbol—; el marqués de Beaulieu vive y está en salvo. ¡Viva el rey y la buena causa!

El que había dicho estas palabras desapareció como una sombra, pero no tan pronto que Marceau dejase de reconocer en él al aldeano de Saint-Crépin.

—¡Tinguy, Tinguy! —exclamó la joven extendiendo los brazos hacia el aldeano.

—¡Silencio! Pues una palabra podría denunciaros y me sería imposible salvaros como deseo. Poneos este traje y este sombrero, y esperadme aquí.

Se fue al campo de batalla, dio a los soldados la orden de retirarse a Cholet, dejó a su colega el mando de las tropas y volvió el lado de la joven vendeana.

La encontró dispuesta a seguirle. Ambos se dirigieron hacia una especie de carretera, en donde el criado de Marceau esperaba al general con sus caballos, que no podían penetrar en el interior del país, porque los caminos estaban llenos de barrancos y de hondonadas. Allí aumentaron sus apuros; temía que su joven compañera no supiese montar a caballo, ni tuviese fuerza para ir a pie; pero bien pronto quedaron desvanecidos sus temores al ver que manejaba el caballo, si no con fuerza, al menos con la soltura del mejor caballero^[1]. Ella vio la sorpresa de Marceau y se sonrió.

—Os asombraréis menos, —le dijo—, cuando acabéis de conocerme. Veréis por qué serie de circunstancias han llegado a serme familiares los ejercicios de los hombres; tenéis tal aspecto de bondad, que os contaré todos los acontecimientos de mi vida, tan joven y tan atormentada.

—Sí, sí; pero más tarde, —dijo Marceau—, tendremos tiempo, pues sois mi prisionera, y, para no privarme de vuestra presencia, no quiero devolveros vuestra libertad. Ahora lo que tenemos que hacer es llegar a Cholet lo antes posible. Afirmaros, pues, en la silla, ¡y al galope, caballero mío!

—¡Al galope! —replicó la vendeana.

Y tres cuartos de hora después entraban en Cholet. El general en jefe estaba en la alcaldía. Marceau subió, dejando en la puerta a su criado y a su prisionera. Dio cuenta, en pocas palabras, de su misión, y volvió, con su pequeña escolta, a buscar albergue en la fonda de «Sans-Culottes», inscripción que había reemplazado a su antiguo letrero de: «Al gran San Nicolás».

Marceau pidió dos habitaciones; condujo a la joven a una de ellas, la incitó a que se acostase vestida sobre la cama, para conseguir el reposo que necesitaba, después de la horrible noche que acababa de pasar, y él fue a encerrarse en la suya; pues ahora respondía de una existencia y era preciso procurarse el medio de conservarla.

Blanca, por su parte, tenía que pensar también, primero, en su padre, y después en el joven general republicano de agradable presencia. Todo aquello le parecía un sueño. Andaba para asegurarse de que estaba despierta, deteniéndose después ante un espejo para convencerse de que era ella; después lloraba, pensando lo abandonada que se encontraba. La idea de su muerte, y de su muerte en el patíbulo no se le ocurrió. Marceau le había dicho con voz dulce:

—Yo os salvaré.

Y además ¿por qué había de morir ella, nacida ayer? Bella e inofensiva, ¿por qué los hombres habían de pedir su cabeza y su sangre? Le costaba trabajo creer que corriese el menor peligro.

Su padre, jefe vendeano, por el contrario, mataba y podía ser muerto; pero ella, ella tan joven aún, que rayaba en la infancia, ¡oh!, lejos de pensar en tristes presagios, entreveía una vida alegre y gozosa de inmenso porvenir; aquella guerra acabaría, y el castillo, vacío entonces, volvería a recibir sus huéspedes. Un día, un joven fatigado pediría hospitalidad en él; tendría veinticuatro o veinticinco años, voz dulce, cabellos rubios, uniforme de general; permanecería mucho tiempo... ¡Sueña, sueña, pobre Blanca!

Existe en la juventud una edad en que la desgracia es tan ajena a la existencia, que parece que aquélla nunca podrá aclimatarse en ésta. Por muy triste que sea una idea, acaba siempre con una sonrisa. Esto depende de que se considera la vida por una de sus fases solamente; esto depende de que el pasado no ha podido hacernos aún sospechar el porvenir.

Marceau soñaba también; pero él conocía ya la vida; conocía los odios políticos del momento; sabía las exigencias de una revolución; buscaba un medio para salvar a Blanca, que dormía. Uno sólo se le ocurrió; era conducirla él mismo a Nantes, en donde habitaba su familia. Hacía tres años ya que no había visto a su madre ni a su hermana, y, encontrándose, como se encontraba, a unas cuantas leguas de distancia de aquella ciudad, parecía cosa natural que pidiese permiso para ir allá al general en jefe. Se aferró a esta idea. Empezaba a nacer el día, y se fue a casa del general Westermann, siéndole concedido lo que pedía sin dificultad ninguna. Quería que le diesen el permiso en seguida a fin de que Blanca pudiese marchar lo antes posible; pero era necesario que aquél llevase también la firma del representante del pueblo de Delmar. Sólo hacía una hora que había llegado éste con la tropa expedicionaria; estaba descansando por algunas horas en la habitación próxima, y, tan pronto como despertase, el general en jefe prometió a Marceau enviárselo.

Al entrar en la posada, encontró al general Dumas que le buscaba. Los dos amigos no tenían secretos el uno para el otro; y bien pronto supo toda la aventura de la noche. Mientras que mandaba preparar el almuerzo, Marceau subió a la habitación de su prisionera, que ya había mandado a llamarle; le anunció la visita de su colega, que no tardó en presentarse. Sus primeras palabras tranquilizaron a Blanca, y, después de algunos instantes de conversación, sólo experimentaba la molestia consiguiente a la posición de una joven colocada en medio de dos hombres a quienes apenas conoce.

Iban a ponerse a la mesa, cuando la puerta se abrió. El representante del pueblo de Delmar apareció en el dintel.

No hemos tenido apenas tiempo, al principio de esta historia, para decir una palabra de este nuevo personaje.

Era uno de aquellos hombres a quienes Robespierre consideraba como su brazo derecho para imperar en las provincias; que creían haber comprendido su sistema de

regeneración, porque les había dicho: «Hay que regenerar»; y entre cuyas manos la guillotina era menos inteligente que activa.

Aquella siniestra aparición hizo estremecer a Blanca antes de saber aún quién era.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo a Marceau—. ¿Conque quieres abandonarnos ya, ciudadano general? Pero te has portado bien esta noche y no puedo rehusarte nada. Sin embargo, estoy algo enojado contigo por haber dejado escapar al marqués de Beaulieu, pues había prometido a la Convención enviarle su cabeza.

Blanca estaba de pie, pálida y fría como la estatua del Terror. Marceau se colocó con disimulo delante de ella.

—Pero lo aplazado no está perdido, —continuó Delmar—; los sabuesos republicanos tienen buena nariz y buenos dientes y seguimos su pista. Ahí tienes el permiso, añadió; está en regla y puedes marchar cuando quieras; pero antes vengo a almorzar contigo; no he querido separarme de un valiente como tú sin beber por la salvación de la República y por el exterminio de los bandidos.

En la posición que se encontraban los dos generales, aquella muestra de aprecio no les era muy agradable. Blanca se había sentado, y estaba más tranquila. Se pusieron a la mesa, y la joven, para no encontrarse enfrente de Delmar, se vio obligada a sentarse a su lado. Lo hizo bastante separada de él para no tocarle, y su tranquilidad aumentó por grados cuando vio que el representante del pueblo se ocupaba más en la comida que en los convidados que formaban parte de ella. Sin embargo, de vez en cuando alguna palabra sangrienta salía de sus labios y hacía estremecerse a la joven; pero, por lo demás, ningún peligro real parecía existir para ella; los generales esperaban que se separaría de ellos sin dirigirle la palabra directamente. El deseo de marchar era un pretexto para Marceau de abreviar la comida. Ésta tocaba ya a su fin, todos empezaban a tranquilizarse, cuando se oyó una descarga de mosquetería en la plaza de la villa, situada enfrente de la posada. Los generales se abalanzaron sobre sus armas, que habían depositado cerca de ellos. Delmar los detuvo.

—¡Bien, bravos míos! —dijo riéndose y balanceando su silla—. ¡Bien! Me satisface ver que estáis siempre alerta; pero volved a sentaros, pues nada va con vosotros.

—Pues ¿qué ruido es ése? —dijo Marceau.

—Nada, —replicó Delmar—; es que fusilan a los prisioneros de esta noche.

Blanca arrojó un grito de terror.

—¡Oh! ¡Desgraciados! —exclamó.

Delmar dejó el vaso que iba a llevar a sus labios y se volvió lentamente hacia ella.

—¡Ah! ¡Estamos bien! —dijo—. Si los soldados tiemblan ahora como mujeres, será preciso vestir a las mujeres de soldados. Es verdad que eres muy joven, añadió cogiendo sus dos manos y mirándola de frente; pero ya te acostumbrarás.

—¡Oh! ¡Jamás! ¡Jamás! —exclamó Blanca sin preocuparse de lo muy peligroso que era manifestar sus sentimientos ante semejante testigo—. Jamás me acostumbraré

a tales horrores.

—Muchacho, —replicó Delmar dejándole las manos—, ¿crees que se puede regenerar una nación sin desangrarla ni reprimir las facciones sin levantar patíbulos? ¿Has visto alguna vez que una revolución pasase sobre un pueblo el rastrillo de la igualdad sin abatir muchas cabezas? ¡Desdicha entonces, desdicha para los grandes, pues la varita de Tarquín los ha señalado!

Se calló un instante, y después continuó:

—Por otra parte, ¿qué es la muerte? Un sueño sin sueños y sin despertar. ¿Qué es la sangre? Un líquido rojizo semejante, poco más o menos, al que contiene esta botella, y que si no fuese por la idea que a ella va unida no produciría efecto alguno sobre nuestro espíritu. Sombreuil bebió de ella. Y bien: ¿te callas? Veamos: ¿no se te ocurre ningún argumento filantrópico? En tu lugar, no se quedaría corto un girondino.

Blanca se veía obligada a continuar aquella conversación.

—¡Oh! —dijo temblando—. ¿Estáis vos seguro de que Dios os ha dado derecho para matar de ese modo?

—Y Dios ¿no mata también?

—Sí; pero él ve el más allá de la vida, mientras que el hombre, cuando mata, no sabe lo que da ni lo que quita.

—Sea. Pues bien; o el alma es inmortal o no lo es. Si el cuerpo no es más que materia, ¿es acaso un crimen devolver algo más pronto a la materia lo que Dios le ha quitado? Si un alma habita dentro del cuerpo y esta alma es inmortal, yo no puedo matarla; el cuerpo es únicamente un vestido que yo le quito o, más bien, una prisión de donde la saco. Ahora, escucha un consejo que quiero darte; guarda tus reflexiones filosóficas y tus argumentos de colegio para defender tu propia vida, pues si llegas a caer en manos de Charette o de Bernardo de Marigny, no te concederán más gracia que la que yo he concedido a sus soldados. En cuanto a mí, acuérdate que, si vuelves a repetirlo en mi presencia, es muy fácil que te arrepientas.

Y salió.

Hubo un momento de silencio. Marceau, que había armado sus pistolas durante esta conversación, las dejó:

—¡Oh! —dijo señalándole con el dedo—. ¡Jamás hombre alguno estuvo tan próximo a la muerte como tú acabas de estarlo sin sospecharlo siquiera! Blanca, sepa usted que, si un gesto o una palabra hubiese probado que os había reconocido, le hubiese levantado la tapa de los sesos.

Ella no oía. Una sola idea la poseía; aquel hombre estaba encargado de perseguir los restos del ejército que mandaba el marqués de Beaulieu.

—¡Oh Dios mío! —decía escondiendo la cara entre las manos—. ¡Oh Dios mío! cuando pienso que mi padre puede caer en manos de ese tigre, y que si hubiese sido hecho prisionero esta noche era muy posible que allí, delante... ¡Es terrible! ¡Es atroz! ¿No hay ya piedad en el mundo? ¡Oh! ¡Perdón, perdón! —le dijo a Marceau—. ¿Quién mejor que vos me ha probado lo contrario? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

En este momento entró el criado anunciando que los caballos estaban prestos.

—¡Marchemos, en nombre del Cielo, marchemos! Pues destila sangre el aire que aquí se respira.

—Marchemos, —respondió Marceau. Y los tres bajaron al instante.

CAPÍTULO III

Marceau encontró a la puerta un destacamento de treinta hombres a quienes el general en jefe había hecho montar a caballo para escoltarle hasta Nantes. Dumas los acompañó algún tiempo; pero, a una legua de Cholet, su amigo insistió enérgicamente en que se volviese, pues de más lejos hubiese sido peligroso volver solo. Se despidió, pues, de ellos, puso su caballo a galope, y muy pronto desapareció en el ángulo del camino.

Marceau deseaba además encontrarse solo con la joven vendeana. Tenía que contarle la historia de su vida, y le parecía que debía estar llena de interés. Aproximó su caballo al de Blanca.

—Y bien, —le dijo—; ahora que estamos tranquilos y que tenemos que andar mucho camino, hablemos, hablemos de usted; sé quién sois, pero nada más. ¿Cómo os encontrabais entre aquella partida? ¿De qué depende vuestra costumbre de llevar trajes de hombre? Hablad; nosotros, los soldados, estamos acostumbrados a escuchar palabras breves y duras. Habladme largo tiempo de vos, de vuestra infancia; os lo ruego.

Marceau, sin saber por qué, no podía acostumbrarse a emplear el lenguaje republicano de la época cuando hablaba con Blanca.

Blanca le contó entonces su vida; cómo, siendo joven, su madre había muerto y le había dejado muy niña en manos del marqués de Beaulieu, cómo su educación, recibida de un hombre, la había familiarizado con los ejercicios que, cuando estalló la insurrección de la Vendée, le fueron tan útiles y le permitieron seguir a su padre. Le describió todos los acontecimientos de aquella guerra, desde el motín de Saint-Florent hasta el combate en que Marceau la había salvado. Habló largamente, como él se lo había pedido, pues veía que la escuchaba con gusto. En el momento en que acababa su relato divisaron en el horizonte a Nantes, cuyas luces oscilaban en la bruma. La pequeña tropa atravesó el Loire, y, algunos minutos después, Marceau estaba en brazos de su madre.

Después de los primeros transportes presentó a su familia su joven compañera de viaje; algunas palabras bastaron para que su madre y sus hermanas se interesasen vivamente por ella. Apenas hubo manifestado Blanca su deseo de vestirse de mujer, cuando las dos muchachas la arrastraron a porfía, y se disputaron el placer de servirle de camarera.

Aquella conducta, aunque parecía no tener importancia en el primer instante, adquiriría, sin embargo, gran valor por las circunstancias especiales del momento. Nantes sufría el proconsulado de Carrier.

Extraño espectáculo es para el espíritu y para los ojos ver ensangrentada a una ciudad entera por los mordiscos de un solo hombre. Se pregunta uno en vano de dónde proviene el predominio que una voluntad toma sobre ochenta mil individuos, y cómo, cuando uno sólo dice: «¡Quiero!», no se levantan todos para decir: «¡Está bien! ... ¡Pero nosotros no queremos!». Esto depende de que existe en el alma de las masas espíritu servil; y que únicamente los individuos aislados sienten ardientes deseos de ser libres. Esto depende de que, como dice Shakespeare, el pueblo no conoce más medio de recompensar al asesino de César que haciéndole César. Por eso existen tiranos entre los que invocan la libertad, como existen también en la monarquía.

La sangre corría por las calles de Nantes, y Carrier, que era a Robespierre lo que la hiena es al tigre y lo que el chacal al león, se saciaba con lo más puro de aquella sangre esperando que se mezclase con la suya.

Poseía medios de sacrificio completamente nuevos; ¡se mella tan pronto la guillotina! Imaginó el ahogamiento, cuyo nombre se ha hecho inseparable del suyo; se construyeron en el puerto barcos a propósito para ello, cuyo objeto era conocido por todos y que todos acababan de ver en el astillero. Era cosa nueva y curiosa aquellos depósitos de veinte pies que se abrían para precipitar al fondo de las aguas a los desgraciados condenados a este suplicio; y el terrible día de las pruebas hubo casi tanta gente en la playa como cuando se bota al agua un navío con un ramillete en su palo mayor y pabellones en todas las vergas.

¡Oh! ¡Tres veces desgraciados los hombres que, como Carrier, han aplicado su imaginación a inventar medios de muerte; pues todo medio de destruir el hombre es fácil al mismo! ¡Desgraciados los que, sin causa justificada, han cometido asesinatos inútiles! Ellos son la causa de que nuestras madres tiemblen al pronunciar las palabras revolución y república, inseparables para ellas de las de sacrificio y destrucción; y nuestras madres nos hacen hombres, y, a los quince años, ¿quién de nosotros, al salir de las manos de su madre, no temblaba también a las palabras revolución y república? ¿Quién de nosotros no ha tenido que rehacer toda su educación política antes de atreverse a mirar fríamente aquella cifra que tanto tiempo había considerado como fatal: 93? ¿Quién de nosotros no ha necesitado toda su fuerza de hombre de veinticinco años para mirar de frente a los tres colosos de nuestra revolución, Mirabeau, Danton y Robespierre? Pero, por fin, nos hemos acostumbrado a su vista, hemos estudiado el terreno que pisaban, el principio que les hacía obrar, e, involuntariamente, hemos recordado aquellas terribles palabras de otra época: Todos los que cayeron fue por haber querido sujetar la carreta del verdugo, a la que aún quedaba mucho que hacer. No fueron ellos los que excedieron a la Revolución; fue la Revolución la que se excedió a ellos.

Sin embargo, no nos lamentemos; las rehabilitaciones del pueblo son rápidas, pues ahora el pueblo escribe su propia historia. No ocurría lo mismo en tiempo de los señores historiógrafos de la corona. ¿No he oído yo decir, cuando era niño, que Luis XI era un mal rey, y Luis XIV un gran príncipe?

Volvamos a Marceau y a toda una familia a quien su nombre protegía contra Carrier mismo. Gozaba el joven general de una reputación de republicanismo tan pura, que no alcanzó sospecha alguna ni a su madre, ni a sus hermanas. Por eso una de ellas, joven de diez y seis años, ajena a todo lo que pasaba en su alrededor, amaba y era amada, y la madre de Marceau, temerosa como madre, viendo en un esposo un segundo protector, apresuraba, cuanto podía, la celebración de un casamiento que estaba a punto de verificarse, cuando Marceau y la joven vendeana llegaron a Nantes. La vuelta del general en tales momentos fue una doble alegría.

Blanca fue confiada a las dos jóvenes, que, abrazándola, se hicieron amigas suyas; pues existe una edad en que todas las jóvenes creen encontrar una amiga eterna en aquella a quien sólo hace una hora conocen. Salieron juntas. Una cosa casi tan importante como un casamiento las ocupaba: un ajuar de mujer; pues Blanca no debía conservar por más tiempo sus vestidos de hombre.

Muy pronto la condujeron vestida con ropas de ambas. Había sido preciso que se pusiese el vestido de una y el chal de otra. ¡Jóvenes locas! Es verdad que entre las tres no reunían la edad de la madre de Marceau, que era todavía hermosa.

Cuando Blanca entró, el joven general dio algunos pasos hacia ella. Con su primer traje apenas había observado sus gracias y su celestial belleza, cualidades que se hicieron visibles al volver a ponerse el traje de mujer. Es verdad que había hecho cuanto había podido para parecer bonita. Por un instante lo había olvidado todo ante un espejo: guerra, Vendée y carnicería. Esto depende de que, cuando se empieza a amar, hasta el alma más sencilla tiene su coquetería, y desea agradar a aquel que ama.

Marceau quiso hablar, y no pudo pronunciar palabra; Blanca sonrió y le tendió la mano, muy gozosa porque vió que había parecido tan hermosa como ella deseaba.

Por la noche vino el joven prometido de la hermana de Marceau, y, como todo amor es egoísta, desde el amor propio hasta el amor maternal, hubo una casa en la ciudad de Nantes, una sola, sin duda, en que todo fue dicha y alegría, cuando a su alrededor todo era lágrimas y dolores.

¡Oh! ¡Cómo se abandonaban Blanca y Marceau a su nueva vida! ¡Cuán lejos creían estar ya de la que anteriormente habían hecho! Aquello era un sueño. Sólo de vez en cuando el corazón de Blanca se oprimía y brotaban lágrimas de sus ojos; era que de repente recordaba a su padre. Marceau la tranquilizaba. Después, para distraerla, le contaba sus primeras campañas; como el colegial se había convertido en soldado a los quince años, en oficial a los diez y siete, en coronel a los diez y nueve, y en general a los veintiuno. Blanca se lo hacía repetir con frecuencia, pues en el relato que hacía no aparecía ni siquiera la sombra de un primer amor.

Y, sin embargo, Marceau había amado con toda la fuerza de su alma; él lo creía así, al menos. Pero muy pronto había sido engañado; le habían traicionado; con gran trabajo, pudo dar cabida al desprecio en su corazón tan joven y tan virgen de pasiones. La sangre que enardecía sus venas se había enfriado lentamente; una tranquilidad melancólica había reemplazado a la exaltación. En una palabra:

Marceau, antes de conocer a Blanca, era un enfermo privado, por la ausencia repentina de la fiebre, de la energía y de la fuerza, que recobraba gracias a su presencia.

Pues bien; todos aquellos sueños de dicha, todas aquellas escenas de una vida nueva, todos los prestigios de la juventud, que Marceau creía perdidos para siempre, renacían en un horizonte vago aún, pero que, sin embargo, podía alcanzar algún día. Él mismo se asombraba de que la sonrisa apareciese alguna vez en sus labios, sin causa justificada; respiraba con todos sus pulmones, y ya no sentía aquella dificultad de vivir que la víspera aún absorbía sus fuerzas y le hacía desear una muerte próxima, como la única barrera que el dolor no podía traspasar.

Blanca, por su parte, atraída primero hacia Marceau por un sentimiento natural de reconocimiento, atribuía a este sentimiento las diversas emociones que la agitaban. ¿No era cosa muy natural que desease constantemente la presencia del hombre que le había salvado la vida? ¿Podían acaso serle indiferentes las palabras que se escapaban de los labios de su libertador? ¿Su fisonomía, bañada de tan profunda melancolía, no había de despertar la piedad? Y cuando al mirarle le veía suspirar, no estaba siempre dispuesta a decirle: «¿Qué puedo hacer por vos, amigo; por vos, que tanto habéis hecho por mí?».

Agitados por estos diversos sentimientos, Blanca y Marceau adquirían cada día nuevas fuerzas, y pasaron los primeros tiempos de su permanencia en Nantes. Por fin, llegó la época señalada para el casamiento de la hermana del joven general.

Entre las joyas que había encargado para ella, Marceau escogió un precioso y brillante aderezo y se lo ofreció a Blanca. Ésta lo miró en un principio con la coquetería propia de una joven, y después cerró en seguida el estuche.

—Las alhajas no convienen a mi situación actual, —dijo con tristeza—. ¡Alhajas a mí! Mientras que mi padre huye acaso de alquería en alquería, mendigando un pedazo de pan para vivir y un hórreo para albergarse; mientras que, proscrita yo misma... No; que mi sencillez me haga pasar inadvertida a todos los ojos; procurad que no me reconozcan.

Marceau la instó en vano; no consintió en aceptar nada más que una rosa encarnada artificial, que se encontraba entre los aderezos.

Como estaban cerradas las iglesias, el casamiento se sancionó en la Casa Ayuntamiento. La ceremonia fue corta y triste; las jóvenes echaban de menos el coro adornado de cirios y de flores, el palio suspendido sobre la cabeza de los jóvenes esposos, bajo el cual cambian sonrisas los que lo sostienen, y la bendición del sacerdote que dice: «¡Idos, hijos míos, y sed felices!»

A la puerta de la Casa Ayuntamiento, una comisión de marineros esperaba a los recién casados. El grado de Marceau procuraba a su hermana este homenaje. Uno de aquellos hombres, cuya cara no le parecía desconocida, tenía dos ramilletes; dio uno a la joven desposada. Después, avanzando hacia Blanca, que le miraba con fijeza, le presentó el otro.

—Tinguy; ¿en dónde está mi padre? —dijo Blanca palideciendo.

—En Saint-Florent, —respondió el marinero—. Tomad este ramillete; dentro de él hay una carta. ¡Vivan el rey y la buena causa, señorita Blanca!

Blanca quiso detenerle, hablarle, interrogarle; había desaparecido. Marceau reconoció al guía, y, a su pesar, admiraba la abnegación, la destreza y la audacia de aquel aldeano.

Blanca leyó la carta con ansiedad. Los vendeanos sufrían derrota tras derrota; toda una población emigraba, reculando ante el incendio y el hambre. El resto de la carta estaba dedicado a dar gracias a Marceau. El marqués lo había sabido todo por la vigilancia de Tinguy. Blanca estaba triste; aquella carta la había sumido de nuevo en los horrores de la guerra; se apoyaba sobre el brazo de Marceau más que de ordinario; le hablaba de más cerca y con voz más dulce. Marceau hubiese querido verla más triste aún; pues cuanto más profunda es la tristeza, mayor es el abandono; y, como hemos dicho antes, el amor es muy egoísta.

Durante la ceremonia, un extranjero que tenía que comunicar, según él, cosas de la mayor importancia a Marceau, fue introducido en el salón. Al entrar allí, Marceau, con la cabeza inclinada hacia Blanca, a quien daba el brazo, no lo advirtió en un principio; pero de repente sintió aquel brazo estremecerse y levantó la cabeza; Blanca y él estaban en presencia de Delmar.

El representante del pueblo se aproximó lentamente, con los ojos fijos en Blanca y la sonrisa en los labios. Marceau, con la frente bañada de sudor, le miraba avanzar como Don Juan mira la estatua del comendador.

—Ciudadana; ¿tienes algún hermano?

Blanca balbuceó y estuvo a punto de arrojarse en los brazos de Marceau. Delmar continuó:

—Si mi memoria y tu semejanza no me engañan, hemos almorzado juntos en Cholet. ¿Cómo es que, desde entonces, no te he vuelto a ver en las filas del ejército republicano?

Blanca sentía que le abandonaban las fuerzas; la mirada penetrante de Delmar seguía los progresos de su turbación, e iba a caer bajo su influjo, cuando, volviéndose, fijó sus ojos en Marceau.

Entonces Delmar se estremeció a su vez. El joven general tenía la mano en la empuñadura de su espada y la apretaba convulsivamente. La cara del representante del pueblo recuperó en seguida su expresión habitual; pareció haber olvidado por completo lo que acababa de decir, y, cogiendo a Marceau por el brazo, le arrastró hacia la ventana, habló con él algunos instantes de la situación actual de la Vendée y le hizo saber que había venido a Nantes para ponerse de acuerdo con Carrier acerca de las nuevas medidas de rigor que era necesario tomar con respecto a los revolucionarios.

Le anunció que el general Dumas había sido llamado a París; y, separándose de él en seguida, pasó saludando y sonriendo ante el sofá en que Blanca se había dejado

caer al soltar el brazo de Marceau, y en el cual permanecía fría y pálida.

Dos horas después, Marceau recibió la orden de partir sin dilación para unirse al ejército del oeste y volver a encargarse del mando de su brigada.

Aquella orden súbita e imprevista le asombró; creyó adivinar que tenía alguna relación con la escena que acababa de pasar un instante antes; su permiso no terminaba hasta quince días después. Corrió a casa de Delmar para obtener de él algunas explicaciones; pero éste había marchado tan pronto como terminó su entrevista con Carrier.

Era preciso obedecer; dudar sería perderse. En aquella época, los generales estaban sometidos al poder de los representantes del pueblo enviados por la Convención, y si se sufrieron algunos reveses fue precisamente por su impericia, siendo debida también más de una victoria a la alternativa constante en que se encontraban los jefes de vencer o de morir en el patíbulo.

Marceau estaba al lado de Blanca cuando recibió aquella orden. Aturdido por un golpe tan inesperado, no tenía valor para anunciarle una separación que la dejaba sola y sin defensa en medio de una ciudad regada a cada paso con la sangre de sus compatriotas. Ella se fijó en su turbación, y, sobreponiendo la inquietud a su timidez, se aproximó a él con la mirada inquieta de una mujer amada, que sabe que tiene el derecho de interrogar, y que interroga. Marceau le presentó la orden que acababa de recibir. Apenas pasó Blanca sus miradas sobre ella, cuando comprendió el gran peligro a que se exponía su protector con una falta de obediencia; su corazón se despedazaba, y, sin embargo, tuvo fuerzas para animarle a que emprendiese la marcha sin tardanza. Las mujeres poseen mejor que los hombres esta clase de valor, en el que influyen en gran manera sus sentimientos pudorosos. Marceau la miró tristemente y le dijo:

—¿También usted, Blanca, me manda que me vaya? Pero, —dijo levantándose y como hablando consigo mismo—, ¿quién me ha autorizado para creer lo contrario? ¡Cuán insensato era! Cuando pensaba en esta marcha llegué a creer algunas veces que le costaría pesares y lloros.

Andaba a grandes pasos.

—¡Insensato! ¡Pesares! ¡Lloros! ¡Como si yo no le fuese acaso indiferente!

Al volverse, se encontró enfrente de Blanca; dos lágrimas rodaban por las mejillas de la joven, cuyos refrenados suspiros hacían oscilar su pecho. A su vez, Marceau sintió lágrimas en sus ojos.

—¡Oh! ¡Perdonadme, le dijo, perdonadme, Blanca; pero soy muy desgraciado y la desgracia me hace desconfiar! Siempre a vuestro lado, mi vida parecía haberse mezclado con la vuestra; ¿cómo separar vuestras horas de las mías y mis días de los vuestros? Lo había olvidado todo y creía que esto sería eterno. ¡Oh desgracia, desgracia! Soñaba y me despierto. Blanca, —añadió con más calma, pero con voz muy triste—; la guerra que hacemos es cruel y mortífera; es posible que no volvamos a vernos.

Tomó la mano de Blanca, que sollozaba.

—¡Oh! Prometedme, si muero lejos de vos... Blanca, he tenido siempre el presentimiento de que mi vida será corta... prometedme que mi recuerdo ocupará alguna vez vuestro pensamiento, mi nombre vuestra boca, aunque sea sólo en sueños; y yo, yo os prometo, Blanca, que, si entre mi vida y mi muerte queda un instante para pronunciar un nombre, uno sólo, ese nombre será el vuestro.

Blanca estaba ahogada por las lágrimas; pero sus ojos revelaban mil promesas más tiernas que las que Marceau exigía. Con una mano apretaba la de Marceau, que estaba a sus pies, y con la otra le enseñaba la rosa encarnada que adornaba su cabeza.

—¡Siempre... siempre! —balbuceó.

Y cayó desmayada.

Los gritos de Marceau atrajeron a su madre y a sus hermanas. Creía que blanca estaba muerta y se arrastraba a sus pies. Todo se exagera en el amor; temores y esperanzas. El soldado sólo era un niño.

Blanca abrió los ojos y enrojeció al ver a Marceau a sus pies, y a su familia alrededor de él.

—Se marcha, —dijo—, para batirse acaso contra mi padre. ¡Oh! Si éste llegase a caer en vuestras manos, recogedle y pensad que su muerte me mataría. ¿Qué más queréis? —añadió bajando la voz—. Pienso en mi padre después de haber pensado en vos.

Y, armándose de valor, suplicó a Marceau que partiese. Él mismo comprendía la necesidad de hacerlo; así es que no resistió ya más a sus súplicas y a las de su madre. Se dieron las órdenes necesarias para su marcha, y una hora después recibió el adiós de Blanca y de su familia.

Para dejar a Blanca, Marceau seguía el mismo camino que había recorrido con ella; avanzaba sin apresurarse ni refrenar el paso de su caballo, y cada localidad le recordaba alguna palabra del relato de la joven vendeana. En cierto modo repasaba en su mente la historia que le había contado, y el peligro que corría, en el que no había pensado mientras estuvo a su lado, le parecía mucho mayor ahora que se separaba de ella. Las palabras de Delmar zumbaban en sus oídos; a cada instante le daban tentaciones de detener su caballo y volverse a Nantes; necesitó toda su razón para no ceder la necesidad de volver a verla.

Si Marceau hubiese podido ocuparse en otra cosa distinta de la que ocupaba su pensamiento, hubiera podido ver, en la extremidad del camino y viniendo hacia él, un jinete que, después de haberse detenido un instante para asegurarse de que no se engañaba, había puesto su caballo al galope para unírsele y hubiera reconocido al general Dumas con la misma rapidez con que éste le reconoció a él.

Los dos amigos saltaron de sus caballos y se arrojaron el uno en brazos del otro.

En el mismo instante, un hombre, con los cabellos empapados de sudor, la cara ensangrentada y el vestido hecho jirones, salta por encima del vallado, rueda más

bien que desciende a lo largo del declive, y viene a caer sin fuerza y casi sin voz a los pies de los dos amigos, profiriendo esta sola palabra:

—¡Detenida!...

Era Tinguy.

—¿Detenida? ¿Quién? ¿Blanca? —exclamó Marceau.

El aldeano hizo un gesto afirmativo; el desgraciado no podía hablar. Había andado cinco leguas corriendo siempre a través de tierras y setos, de retamas y aliagas; acaso hubiese podido correr una legua más o dos para unirse a Marceau; pero, una vez que lo había conseguido, cayó.

Marceau le contemplaba con la boca abierta y la mirada estúpida.

—¡Detenida! ¡Blanca detenida! —repetía continuamente, mientras que su amigo aplicaba su calabaza llena de vino a los apretados dientes del aldeano—. ¡Blanca detenida! Ahora comprendo con qué objeto me alejaban de ella. ¡Alejandro! —exclamó cogiendo la mano de su amigo y obligándole a levantarse—. Alejandro, me vuelvo a Nantes; es necesario que vengas conmigo, pues mi vida, mi porvenir, mi dicha, todo está allí.

Sus dientes chocaban con violencia, y un movimiento convulsivo agitaba todo su cuerpo.

—¡Que tiemble el que se haya atrevido a poner sus manos en Blanca! Sabe que la amaba con todas las fuerzas de mi alma, que no puedo concebir la existencia sin ella. ¡Oh! ¡Cuán loco e insensato he sido en marchar!... ¡Blanca detenida! Y ¿adónde la han conducido?

Tinguy, que era al que se dirigía esta pregunta, empezaba a volver en sí. Veíanse las venas de su frente hinchadas como si fuesen a reventar; sus ojos estaban inyectados de sangre; y tan oprimida y sibilante era su respiración, que apenas pudo, a aquella pregunta hecha por segunda vez: «¿Adónde la han conducido?», responder:

—A la prisión de Bouffays.

Apenas pronunció estas palabras cuando los dos amigos tomaron al galope el camino de Nantes.

CAPÍTULO IV

No había que perder un instante. Los dos amigos se dirigieron, pues, a la casa misma en que habitaba Carrier. Cuando llegaron allí, Marceau echó pie a tierra, cogió maquinalmente sus pistolas, que estaban en las pistoleras; las escondió debajo de sus ropas y se lanzó hacia el departamento de aquel que tenía en sus manos el destino de Blanca. Su amigo le siguió más tranquilo, aunque dispuesto a defenderle si necesitaba de su auxilio, y a arriesgar su vida con la misma indiferencia que en el campo de batalla. Pero el diputado de la Montagne sabía demasiado lo mucho que se le odiaba para no ser desconfiado, y ni con ruegos ni amenazas pudieron obtener una entrevista los dos generales.

Marceau bajó más tranquilo de lo que su amigo hubiese creído. Hacía un momento que parecía haber adoptado un nuevo proyecto que maduraba a toda prisa, y no había duda de que se había decidido a llevarlo a cabo, cuando rogó al general Dumas que fuese al instante a la posta y volviese a esperarle en la puerta de Bouffays con unos caballos y un coche.

El grado y el nombre de Marceau le abrieron la entrada de la prisión; ordenó al carcelero que le condujese al calabozo en que Blanca estaba encerrada. Éste dudó un instante; Marceau reiteró su orden con tono más imperativo, y el carcelero obedeció, haciéndole signo con la mano de que le siguiese.

—No está sola, —dijo su conductor abriendo la puerta baja y abovedada de un calabozo cuya obscuridad hizo estremecer Marceau—; pero no tardará en verse libre de su compañero, pues hoy le guillotinan.

A estas palabras, cerró la puerta tras Marceau y le instó a que abreviase, cuanto pudiese, una entrevista que podía comprometerle.

Deslumbrado aún por el paso rápido del día a la noche, Marceau extendía sus brazos como un hombre que sueña, procurando pronunciar el nombre de Blanca, que no podía articular, y sin poder penetrar con sus miradas las tinieblas que le rodeaban. Oyó un grito; la joven se arrojó en sus brazos; le había reconocido, pues su vista estaba ya acostumbrada a la obscuridad.

Se arrojó en sus brazos porque hubo un instante en que el terror le hizo olvidar su edad y su sexo; se trataba de vida o muerte. Se agarró a él como un náufrago a una roca, con sollozos inarticulados y abrazos convulsivos.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Vos no me habéis, pues, abandonado! —exclamó al fin—. Me han detenido, me han arrastrado hasta aquí. Entre la multitud que me seguía, descubrí a Tinguy. Yo grité: «¡Marceau! ¡Marceau!», y desapareció. ¡Oh! ¡Cuán lejos estaba de esperar que volvería a veros... hasta aquí!... Pero aquí estáis... aquí estáis... no os

separaréis más de mi... Me llevaréis con vos, ¿no es verdad?... Ya no me dejaréis aquí.

—Bien quisiera, aun a costa de mi sangre, sacaros de aquí en seguida; pero...

—¡Oh! Mirad; tentad estos húmedos muros, esta paja infecta. Vos, que sois general, ¿no podéis...?

—Blanca, lo que yo puedo hacer es llamar a esa puerta, levantarle la tapa de los sesos al portero que la abra, arrastraros hasta el patio, haceros respirar el aire, ver el cielo y hacerme matar en defensa vuestra; pero, muerto yo, Blanca, volverán a conducirnos a este calabozo, y ni un solo hombre existirá en la tierra que pueda salvarnos.

—Pero ¿vos podéis?

—Acaso.

—¿En seguida?

—Dos días, Blanca; os pido dos días. Pero antes respondedme, respondedme a una pregunta de la cual depende vuestra vida y la mía... Responded como lo harías ante Dios... Blanca, ¿me amáis?

—¿Creéis este momento y lugar a propósito para que pueda responderos? ¿Creéis que estos muros están acostumbrados a escuchar declaraciones de amor?

—Sí; éste es el momento, pues estamos entre la vida y la tumba, entre la existencia y la eternidad. Blanca, apresúrate a responderme; cada instante nos roba un día, cada hora un año... Blanca; ¿me amas?

—¡Oh! ¡Sí, sí!...

Estas palabras se escaparon del corazón de la joven, quien, olvidando que no se podía observar su rubor, escondió su cabeza entre los brazos de Marceau.

—Pues bien, Blanca; es necesario que al instante mismo me aceptéis por esposo.

Todo el cuerpo de la joven se estremeció.

—¿Qué intención es la vuestra?

—Mi intención es arrancarte de los brazos de la muerte. Veremos si se atreven a mandar al cadalso a la mujer de un general republicano.

Blanca comprendió entonces su pensamiento, y tembló al considerar el peligro a que se exponía para salvarla. Su amor se enardeció con esto; pero, recobrando todo su valor, dijo con firmeza:

—¡Eso es imposible!

—¿Imposible? —replicó Marceau—. ¿Imposible? Pero ¡eso es una locura!, puesto que ¿qué obstáculo puede levantarse entre nosotros y la dicha, ya que acabas de declararme que me amas? ¿Crees que esto es un juego? Pero ¡ten entendido que se trata de tu muerte! ¡Mira! ¡La muerte en el patíbulo, el verdugo, el hacha, la carreta!

—¡Oh! ¡Piedad, piedad! ¡Esto es horrible! ¡Pero tú, una vez que sea tu mujer, si este título no me salva te pierdes conmigo!...

—De manera que ¿ése es el motivo que te hace rehusar la única vía de salvación que te queda? Pues bien; escúchame, Blanca; pues, a mi vez, tengo declaraciones que

hacerte. Al verte, te amé; el amor se convirtió en pasión, y ella es mi vida; mi existencia es la tuya; mi suerte será la tuya; felicidad o cadalso, participaré todo contigo. Yo no te abandono ya; ningún poder humano podrá separarnos, o si te abandono será para gritar: ¡Viva el Rey! Esta palabra vuelve a abrirme tu prisión y saldremos de ella juntos. Pues bien, sea; se trata a lo sumo de una noche en el mismo calabozo; el trayecto en la misma carreta; la muerte en el mismo cadalso.

—¡Oh! ¡No, no, vete de aquí; déjame, en nombre del Cielo, déjame!

—¿Que me vaya de aquí? Ten cuidado con lo que dices y con lo que quieres; pues, si salgo de aquí sin que seas mía, sin que me hayas dado el derecho de defenderte, iré a buscar a tu padre, a tu padre, en el que no piensas y que, sin embargo, llora, y le diré: «Anciano, tu hija podía salvarse y no ha querido; ha querido que fuesen de duelo tus últimos días y que su sangre tiñese tus cabellos blancos... Lloro, llora, anciano, no porque tu hija haya muerto, sino porque no te amaba lo bastante para vivir».

Marceau había rechazado a Blanca, que había ido a caer de rodillas a algunos pasos de él, y él se paseaba, con los dientes apretados, los brazos cruzados y la risa de un loco o de un condenado. Oyó los sollozos de Blanca; las lágrimas saltaron de sus ojos, sus brazos cayeron exánimes, y fue a arrastrarse a sus pies.

—¡Oh! ¡Por piedad, por lo más sagrado que hay en la tierra, por la tumba de tu madre, Blanca, Blanca, consiente en ser mi mujer; es necesario, es preciso!

—Sí, es preciso, muchacha, —interrumpió una voz extraña que les hizo estremecer y levantarse—; es preciso, pues es el único medio de conservar una vida que comienza apenas; la religión te lo ordena, y yo estoy dispuesto a bendecir vuestra unión.

Marceau, asombrado, se volvió, y reconoció al cura de Santa María de Rhé, que formaba parte de la reunión que él mismo había atacado la noche en que Blanca fue hecha prisionera.

—Padre mío, exclamó cogiéndole la mano y atrayéndole hacia sí, padre mío, obtened de ella que consienta en vivir.

—Blanca de Beaulieu, —replicó el sacerdote con solemne acento—, en nombre de tu padre, que mi edad y la amistad que nos unía me dan el derecho de representarle, te conjuro a que cedas a las instancias de este joven; pues tu padre mismo, si estuviese aquí, haría lo que yo hago.

Blanca parecía agitada por mil contrarios sentimientos; por fin, se arrojó en brazos de Marceau y le dijo:

—Amigo mío, ¡ya no tengo fuerzas para resistir por más tiempo! ¡Marceau, te amo, te amo y soy tu mujer!

Sus labios se juntaron; Marceau había llegado al colmo en su alegría y parecía haberlo olvidado todo. La voz del sacerdote vino a sacarlos de su éxtasis.

—Apresuraos muchachos, —decía—, pues mis instantes están contados aquí abajo; y, si tardáis un poco, sólo podré bendeciros desde el Cielo.

Los dos amantes se estremecieron; ¡aquella voz los llamaba a la tierra!

Blanca paseó alrededor de ella sus pavorosas miradas y dijo:

—Amigo mío, ¡qué momento para unir nuestros destinos! ¡Qué templo para un himeneo! ¿Crees que una unión consagrada bajo estas bóvedas sombrías y lúgubres puede ser duradera y afortunada?

Marceau se estremeció; pues él mismo se veía sobrecogido por un terror supersticioso. Condujo a Blanca hacia un lugar del calabozo en que la claridad, deslizándose a través de los barrotes cruzados de un estrecho respiradero, hacía las tinieblas menos espesas; y allí, poniéndose los dos de rodillas, esperaron la bendición del sacerdote.

Éste extendió el brazo y pronunció las palabras sagradas. Al mismo instante se oyó en el corredor un ruido de armas y de soldados. Blanca, asustada, se arrojó en brazos de Marceau.

—¿Vendrán a buscarme a mí ya? —exclamó—. Amigo mío, amigo mío, ¡cuán horrible sería la muerte en estos momentos!

El joven general se había colocado delante de la puerta con una pistola en cada mano. Los soldados, asombrados, recularon.

—Tranquilizaos, les dijo el sacerdote presentándose; es a mí a quien vienen a buscar: yo soy el que va a morir.

Los soldados le rodearon.

—Muchachos, —exclamó con fuerte voz, dirigiéndose a los jóvenes esposos—; muchachos, de rodillas; pues, con un pie en la tumba, os envío mi última bendición, y la bendición de un moribundo es sagrada.

Los soldados, asombrados, guardaban silencio; el sacerdote sacó de su pecho un crucifijo que había logrado ocultar en todos los registros que se le habían hecho; lo extendió hacia los desposados; y, presto a morir, rogaba por ellos. Hubo un instante de silencio y solemnidad en que todo el mundo creyó en Dios.

—Marchemos, —dijo el sacerdote.

Los soldados le rodearon; la puerta se cerró, y todo desapareció como una visión nocturna.

Blanca se arrojó en brazos de Marceau.

—¡Oh! Si tú me dejas y vienen a buscarme a mí también; si no te tengo aquí para ayudarme a pasar esa puerta, ¡oh Marceau! ¿Comprendes? ¡Yo al patíbulo, al patíbulo, lejos de tí, llorando y llamándote sin que tú me respondas! ¡Oh! ¡No te vayas, no te vayas! Me arrojaré a sus pies, les diré que no soy culpable, y les bendeciré si me dejan encerrada aquí contigo toda la vida. ¡Oh! No me dejes.

—Blanca; estoy seguro de salvarte, respondo de tu vida; antes de dos días estaré aquí con tu indulto, y entonces no será una vida de prisión y de calabozo lo que nos espera, sino una vida de aire y de dicha, de libertad y de amor.

La puerta se abrió y el carcelero apareció. Blanca apretó más fuertemente a Marceau entre sus brazos; no quería dejarle, y, sin embargo, los instantes eran

preciosos; soltó dulcemente sus manos, que estaban encadenadas, y le prometió que estaría de vuelta antes que terminase el segundo día.

—Ámame siempre, —le dijo lanzándose fuera del calabozo.

—¡Siempre! —dijo Blanca volviendo a caer y mostrándole en sus cabellos la rosa encarnada que él le había dado; y la puerta se cerró como la del infierno.

CAPÍTULO V

Marceau encontró al general Dumas que le esperaba en las habitaciones del conserje; pidió tinta y papel.

—¿Qué vas a hacer? —le dijo aquél, asombrado de su agitación.

—Escribir a Carrier, pedirle dos días de término y decirle que su vida me responde de la vida de Blanca.

—¡Desgraciado! —replicó su amigo arrancándole la carta empezada—. ¿Amenazas, cuando eres tú quien está en su poder? ¿No has desobedecido la orden que habías recibido de unirme al ejército? ¿Crees que, porque te hayan temido una vez, sus temores impedirán el que busquen un pretexto plausible para perderte? Antes de una hora serías detenido. Y ¿qué podrías hacer entonces por tí ni por ella? Créeme; que tu silencio provoque su olvido, pues únicamente el olvido puede salvarla.

La cabeza de Marceau había caído entre sus manos y parecía reflexionar profundamente.

—Tienes razón, —exclamó levantándose de repente.

Y llevó a su amigo a la calle.

Algunas personas se habían reunido alrededor de una silla de posta.

—Si hubiese barullo esta noche, —dijo una voz—, no sé quién impediría el que una veintena de gentes decididas entrasen en la villa y soltasen los prisioneros. Da lástima ver la vigilancia que hay en Nantes.

Marceau se estremeció, se volvió, reconoció entre la multitud a Tinguy, cambió con él una mirada de inteligencia y se introdujo en el coche.

—¡A París! —dijo al postillón dándole oro.

Y los caballos partieron con la rapidez del rayo. Siempre con la misma diligencia, siempre a fuerza de oro, Marceau obtuvo la promesa de que se le prepararían caballos para el día siguiente, y que ningún obstáculo se opondría a su vuelta.

En este viaje fue cuando supo que el general Dumas había presentado su dimisión, pidiendo como favor único el que se le destinase como soldado a otro ejército. En su consecuencia, se le había puesto a disposición del comité de salvación pública, y se volvía a Nantes en el momento en que Marceau le encontró en el camino de Clisson.

El coche que conducía a los dos generales entraba en París a las ocho de la noche.

Marceau y su amigo se separaron en la plaza de Palais-Egalité.

Marceau tomó a pie por la calle de Saint-Honoré, bajó por la de Saint-Roch, se detuvo en el número 366 y preguntó por el ciudadano Robespierre.

—Está en el Teatro de la Nación, —respondió una muchacha de diez y seis a diez y ocho años—; pero si quieres volver dentro de dos horas, ciudadano general, estará

ya aquí.

—¡Robespierre en el Teatro de la Nación! ¿No estarás acaso engañada?

—No, ciudadano.

—Pues bien; voy a buscarle, y, si no le encuentro, vendré a esperarle aquí. Soy el ciudadano general Marceau.

El teatro francés acababa de dividirse en dos compañías: Talma, acompañado de los cómicos patriotas, se había ido al Odeón. A este último teatro se fue Marceau, muy asombrado de tener que ir a buscar a una sala de espectáculo al austero miembro del comité de salvación pública.

Se representaba la Muerte de César. Entró en el anfiteatro; un joven le ofreció sitio a su lado, en la primera fila. Marceau lo aceptó, esperando ver desde allí al hombre que buscaba.

El espectáculo no había empezado aún; una fermentación extraña reinaba en el público. Desde un grupo colocado al lado de la orquesta se cambiaban y salían risas y signos, como si aquello fuese el cuartel general de operaciones; este grupo dominaba el teatro y un hombre dominaba este grupo; era Danton.

A su lado hablaban cuando él callaba, y callaban cuando él hablaba, Camilo Desmoulins, su sectario, y Philippaux, Herault de Séchelles y Lacroix, sus apóstoles.

Era la primera vez que Marceau se encontraba en presencia de aquel Mirabeau del pueblo; y, aunque sus amigos no hubiesen pronunciado su nombre varias veces, como lo hacían, lo hubiera reconocido por su voz fuerte y sus ademanes imperiosos.

Permítasenos algunas palabras sobre el estado de las diferentes facciones que se repartían la Convención. Son necesarias para la inteligencia de la escena que va a seguir. La Commune y la Montagne se habían reunido para operar la revolución del 31 de mayo. Los girondinos, después de haber intentado en vano federalizar las provincias, habían caído casi sin defensa en medio de aquellos mismos que les habían elegido, los cuales no se atrevieron siquiera a darles asilo el día de su proscripción. Antes del 31 de mayo, el poder estaba abandonado; después del 31 de mayo se dejó sentir la necesidad de reunir fuerzas para obrar con más rapidez; la asamblea era la corporación que gozaba de más autoridad; una facción se había apoderado de la asamblea; unos cuantos hombres mandaban esta facción, y el poder se encontró, naturalmente, en manos de estos hombres. Hasta el 31 de mayo, el comité de salvación pública se componía de convencionales neutros; y, habiendo llegado la época de su renovación, tomaron plaza en él los más acérrimos partidarios de la Montagne. Barrere continuó como representante del antiguo comité; pero Robespierre fue elegido miembro de él; Saint-Just, Collot de Herbois, Billaud-Varennes, sostenidos por él, ejercieron presión sobre sus colegas Héroult de Séchelles y Roberto Lindet; Saint-Just se encargó de la vigilancia, Couthon de suavizar en la forma las proposiciones demasiado violentas en el fondo; Billaud-Varennes y Collot de Herbois dirigieron el proconsulado de los departamentos; Carnot se encargó de Guerra, Cambon de Hacienda, Prieur (de la Cote-d'Or) y Prieur (de la Marne) de los

trabajos interiores y administrativos, y Barrere, unido muy pronto a ellos, vino a ser el orador cotidiano del partido. Robespierre, por su parte, sin desempeñar un cargo determinado, velaba por todo, mandando aquel cuerpo político como la cabeza manda al cuerpo material y hace obrar todos sus miembros con arreglo a su voluntad.

En este partido estaba encarnada la Revolución; partido que deseaba ésta con todas sus consecuencias, para que el pueblo pudiese, un día, gozar de todos sus resultados.

Estos dos partidos tenían que luchar con otros dos; el uno quería sobrepasarle, el otro retenerle. Estos dos partidos eran:

El de la Commune, representado por Hébert.

El de la Montagne, representado por Danton.

Hebert popularizaba, en el Pere Duchesne, la obscenidad del lenguaje, el insulto a las víctimas y la risa en las ejecuciones. En poco tiempo, sus progresos fueron temibles; el obispo de París y sus vicarios abjuraron el cristianismo; el culto católico fue reemplazado por el de la Razón; las iglesias fueron cerradas. Anacharsis Cloutz vino a ser el apóstol de la nueva diosa. El comité de salvación pública se asustó del poder de aquella facción ultrarrevolucionaria, que se creía muerta ya con Marat y que se apoyaba en la inmortalidad y el ateísmo; sólo Robespierre se encargó de atacarla. El 5 de diciembre de 1793 la afrontó en la tribuna, y la Convención, que había aplaudido fuertemente las abjuraciones en la petición de la Commune, decretó, a petición de Robespierre, que también tenía que establecer su religión, que quedaban prohibidas todas las violencias y medidas contrarias a la libertad de cultos.

Danton, en nombre del partido moderado de la Montagne pidió la casación del gobierno revolucionario. El Vieux Cordelier, redactado por Camilo Desmoullins, era el órgano del partido. El comité de salvación pública, es decir, la dictadura, no había sido creada, según él, nada más que para comprimir dentro y vencer fuera; y, como creía haber comprimido en el interior y vencido en la frontera, pedía que se anulase un poder que, según su opinión, se había hecho inútil, a fin de que más tarde no se hiciese peligroso; la Revolución había destruido, y él quería reedificar en un terreno que no estaba aún despejado.

Tres eran las facciones que en el mes de marzo de 1794, época en que se desarrolla nuestra historia, compartían el interior de la Convención. Robespierre acusaba a Hébert de ateísmo y a Danton de venalidad; él, a su vez, era acusado por ellos de ambicioso, y la palabra dictador empezaba a circular.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando Marceau vio, como hemos dicho, por primera vez a Danton, haciendo del proscenio una tribuna y dirigiendo a los que le rodeaban poderosas palabras. Se representaba la Muerte de César; se había dado una consigna a los dantonistas; todos asistían a aquella representación, y, a una señal de su jefe, debían hacer a Robespierre una aplicación de los versos siguientes:

Sí, que César sea grande, grande, pero que Roma sea libre.

¡Oh, dioses! Árbite de la India, esclava a orillas del Tiber,
¡qué importa que en el mundo su nombre impere
y que, estando en los infiernos, cual reina se venere!
¡Qué importa a los romanos y a mi patria que tú insistas
en ofrecer aún al César más conquistas!
No es la Persia nuestro enemigo más cruento.
Otros hay aún mayores. Ése es mi pensamiento.

Por eso Robespierre, que había sido prevenido por Saint-Just, estaba aquella noche en el teatro de la Nación; pues comprendía que dispondrían de una poderosa arma sus enemigos, si llegaban a popularizar la acusación que hacían contra él.

Sin embargo, Marceau le buscaba en vano en aquella sala profusamente iluminada, en que sólo las líneas de las barandillas permanecían en una media obscuridad a causa de la sombra que las galerías proyectaban sobre ellas, y sus ojos, cansados de aquella inútil investigación, iban a fijarse a cada paso en el grupo del proscenio, cuya animada conversación atraía la atención de toda la sala.

—He visto hoy a nuestro dictador —decía Danton—. Han querido reconciliarnos.

—¿En dónde os habéis encontrado?

—En su casa. Me ha sido necesario subir los tres pisos del incorruptible.

—Y ¿qué os habéis dicho?

—Que ya sabía todo el odio que me tenía el comité, pero que no le temía. Me respondió que estaba equivocado, que no había malas intenciones contra mí, pero que era necesario explicarse.

—¡Explicarse... explicarse! Eso está bien con gentes de buena fe.

—Eso es precisamente lo que yo le respondí. Entonces se mordió los labios y frunció el ceño. Yo continué: «Es verdad que es necesario comprimir a los realistas; pero también es necesario no dar golpes en vano y no confundir al inocente con el culpable». «¡Eh! ¿Quién os ha dicho, respondió Robespierre agriamente, que se haga morir a un inocente?». «¡Cómo! ¿Qué dices? ¿No ha perecido ningún inocente?» exclamé dirigiéndome a Herault de Sechelles, que estaba conmigo. Y salí.

—¿Y Saint-Just estaba allí?

—Sí.

—¿Qué decía?

—Se pasaba la mano por sus hermosos cabellos negros, y de vez en cuando arreglaba el nudo de su corbata imitando el de Robespierre.

El vecino de Marceau, cuya cabeza estaba apoyada en sus dos manos, se estremeció, y dejó oír aquella especie de silbido que pasa por entre los dientes apretados de un hombre que se contiene. Marceau no hizo caso de él, y fijó de nuevo su atención en Danton y sus amigos.

—¡El petimetre! —decía Camilo Desmoulins hablando de Saint-Just—. Se da tal importancia que lleva la cabeza rígida sobre sus hombros, como un santo sacramento.

El vecino de Marceau quitó las manos de su rostro, y entonces reconoció en él a Saint-Just, pálido de cólera.

—Y yo —dijo poniéndose en pie, Desmoulins—, te haré llevar la tuya como un San Dionisio.

Se volvió de espaldas, se separaron para dejarle pasar, y salió del anfiteatro.

—¡Hombre! ¿Quién le hubiese creído tan cerca? —dijo Danton riéndose. Declaro que el paquete ha llegado a su destino.

—A propósito, —dijo Philippaux a Danton—; ¿has visto el libelo de Laya contra ti?

—¡Cómo! ¿Laya hace libelos? Que vuelva a hacer *El Amigo de las Leyes*. Tengo curiosidad por leerlo; el libelo, se entiende.

—Aquí le tienes.

Philippaux le presentó un folleto.

—¡Y lo ha firmado, pardiez! Pero él no sabe que, si no se salva en mi bodega, le cortarían el cuello.

—¡Chitón! ¡Silencio, que se levanta el telón!

La palabra chitón se extendió por toda la sala; un joven que no era de la conjuración continuaba una conversación particular, a pesar de estar ya los actores en escena. Danton extendió el brazo, le tocó en la espalda con la mano, y, con una cortesía que tenía un ligero tinte de ironía, le dijo:

—Ciudadano Arnault, dejadme escuchar como si representasen Marius a Minturnes.

El joven autor tenía demasiada educación para no atender un ruego hecho en aquellos términos; se calló, y el silencio más perfecto permitió escuchar una de las peores representaciones que jamás se hayan hecho en el teatro; la de la Muerte de César.

Sin embargo, a pesar de este silencio, era evidente que ninguno de los miembros de la pequeña conjuración que hemos señalado había olvidado la causa que allí le había traído; se cambiaban miradas, y los signos crecían y se hacían cada vez más frecuentes a medida que el actor se aproximaba al pasaje que debía provocar la explosión. Danton decía por lo bajo a Camilo:

—Es en la escena III.

Y repetía los versos al mismo tiempo que el actor, como para apresurar su relato, cuando llegaron a aquellos que les preceden:

«—César, esperamos de tu clemencia augusta un don más precioso, una gracia más justa, a más de los Estados dados por tu bondad.

CÉSAR.

—¿Qué te atreves a pedir, Cimber?

CIMBER.

—¡La libertad!».

Tres salvas de aplausos los acogieron.

—Esto va bien, —dijo Danton.

Y se levantó a medias.

Talma empezó:

—Sí, que César sea grande, pero que Roma sea libre...

Danton se levantó por completo, echando alrededor de sí una mirada de general de ejército, que quiere asegurarse de que todos están en su puesto, cuando de repente sus ojos se fijaron en un punto de la sala; la cortina de un palco acababa de levantarse un poco; Robespierre asomaba en la sombra su cabeza prolongada y lívida. Los ojos de los dos enemigos se encontraron y no podían separarse; había en los de Robespierre toda la ironía del triunfo, toda la insolencia de la seguridad. Por primera vez Danton sentía que un sudor frío bañaba todo su cuerpo; olvidó la señal que tenía que hacer; los versos pasaron sin aplausos ni murmullos; quedó vencido; la cortina del palco se levantó por completo y se consumó la derrota. Los guillotinos se sobreponían a los septembrinos; el 93 fascinaba al 92.

Marceau, cuyo espíritu preocupado se ocupaba en todo menos en la tragedia, fue acaso el único que vio, sin comprenderla, aquella escena que sólo duró unos segundos. Sin embargo, tuvo tiempo para reconocer a Robespierre; se precipitó fuera del anfiteatro, y llegó a tiempo para encontrarle en los pasillos.

Estaba tranquilo y frío como si nada hubiese pasado. Marceau se presentó a él y le dijo su nombre. Robespierre le tendió la mano. Marceau, cediendo a un primer movimiento, retiró la suya. Una amarga sonrisa pasó por los labios de Robespierre.

—¿Qué queréis, pues, de mí? —le dijo.

—Una entrevista de algunos minutos.

—¿Aquí o en mi casa?

—En tu casa.

—Vente, pues.

Y aquellos dos hombres, agitados de muy diferentes emociones, iban uno al lado de otro; Robespierre, indiferente y tranquilo; Marceau, curioso y agitado.

Aquél era el hombre que tenía entre sus manos la suerte de Blanca, el hombre de quien tanto había oído hablar, de quien la incorruptibilidad solamente era evidente, pero cuya popularidad debía parecer un problema. En efecto, él no había empleado, para conquistarla, ninguno de los medios que habían puesto en práctica sus predecesores. No tenía ni la elocuencia arrebatadora de Mirabeau, ni la firmeza paternal de Bailly, ni el sublime ardor de Danton, ni la verbosidad obscena de Hébert; si trabajaba para el pueblo, lo hacía en silencio y sin darle cuenta de ello. En medio del nivel general del lenguaje y del vestido, había conservado su lenguaje fino y su vestido elegante^[2]; en fin, todo el empeño que mostraban los demás en confundirse con la multitud lo mostraba él en mantenerse superior a ella: y se comprendía a primera vista que aquel hombre singular sólo podía ser para la multitud un ídolo o una víctima; y fue lo uno y lo otro.

Llegaron. Una escalera estrecha los condujo a un cuarto situado en el tercer piso; Robespierre lo abrió. Un busto de Rousseau, una mesa en que se veían abiertos el Contrato social y el Emilio, una cómoda y algunas sillas, formaban todo el mobiliario de aquel departamento. Únicamente la limpieza más grande reinaba en todo.

Robespierre vio el efecto que aquella vista producía en Marceau.

—Aquí tienes el palacio del César, le dijo sonriendo. ¿Qué tenéis que pedir al dictador?

—El indulto de mi mujer, condenada por Carrier.

—¡Tu mujer, condenada por Carrier! ¡La mujer de Marceau, el republicano de los primeros días! ¡El soldado de Esparta! ¿Qué hace, pues, en Nantes?

—Atrocidades.

Marceau le trazó entonces el cuadro que hemos presentado ya a los ojos del lector. Robespierre, durante este relato, se agitaba en su silla sin interrumpirle. Marceau se calló.

—Ése es el modo como yo seré comprendido siempre, dijo Robespierre con voz ronca, pues la emoción interior que acababa de experimentar había bastado para operar este cambio en su voz, ¡Adonde quiera que dirijo mi vista sólo veo, y mi mano detiene, una carnicería inútil!... Hay, sin embargo, mucha sangre que es indispensable derramar, y no hemos llegado al fin.

—¡Y bien, pues, Robespierre, el indulto de mi mujer!

Robespierre tomó una hoja de papel en blanco.

—¿Su nombre?

—¿Para qué?

—Es necesario para constatar la identidad.

—Blanca de Beaulieu.

Robespierre dejó caer la pluma.

—¿La hija del marqués de Beaulieu, el jefe de los bandidos?

—Blanca de Beaulieu, la hija del marqués de Beaulieu.

—Y ¿cómo ha llegado a ser tu mujer? —Marceau se lo contó todo.

—¡Joven loco! ¡Joven insensato! —le dijo—. ¿Debías...?

Marceau le interrumpió.

—No te pido ni injurias ni consejos; te pido su indulto. ¿Quieres dármelo?

—Marceau, los lazos de familia, la influencia del amor, ¿no te llevarán algún día a traicionar la República?

—Jamás.

—¿Si te encontrases, con las armas en la mano, en presencia del marqués de Beaulieu?

—Le combatiría como lo he hecho ya.

—¿Y si cayese en tus manos?

Marceau reflexionó un instante.

—Te lo enviaría, y tú mismo serías su juez.

—¿Me lo juras?

—Por mi honor.

Robespierre tomó la pluma.

—Marceau —le dijo—, has tenido la dicha de conservarte puro a los ojos de todos; hace mucho tiempo que te conocía; y hace mucho tiempo que deseaba verte.

Notando la impaciencia de Marceau, escribió las tres primeras letras de su nombre, después se detuvo.

—Escucha; a mi vez —dijo mirándole fijamente—, te pido cinco minutos; te doy toda una existencia por cinco minutos; creo que están bien pagados.

Marceau hizo signo de que le escuchaba. Robespierre continuó:

—Te han contado calumnias de mí, Marceau; y, sin embargo, eres uno de esos hombres excepcionales por quienes yo deseo ser conocido, pues ¿qué me importa el juicio de las que no estimo? Escucha, pues. Tres asambleas han agitado una a una los destinos de la Francia, se han resumido en un hombre, y han cumplido la misión que el siglo les había encargado; la Constituyente, representada por Mirabeau, ha hecho vacilar el trono; la Legislativa, encarnada en Danton, lo ha derribado. La obra de la Convención es inmensa, pues es necesario que acabe de aniquilarlo, y que comience a reconstruir. Tengo un pensamiento sobre este punto; llegar a ser el tipo de esta época, como Mirabeau y Danton fueron los tipos de la suya; habrá tres hombres en la historia del pueblo francés representados por tres cifras: 91, 92, 93. Si el Ser Supremo me deja tiempo para acabar mi obra, mi nombre quedará por encima de todos los nombres; habré hecho más que Licurgo entre los griegos, más que Numa en Roma y que Washington en América; pues éstos sólo tenían que pacificar a un pueblo naciente, mientras que yo tengo una sociedad vieja a quien es necesario regenerar. Si sucumbo, ¡Dios mío!, evitadme una blasfemia contra vos en mi última hora...

Si caigo antes del tiempo querido, mi nombre, que sólo habrá cumplido la mitad de lo que tenía que hacer, conservará la mancha sangrienta que el otro partido hubiese borrado; la Revolución caerá con él, y ambos serán calumniados... Esto era lo que tenía que decirte, Marceau; pues quiero que haya, en todo caso, algunos hombres que guarden mi nombre vivo y puro en su corazón, como la llama de la lámpara en el tabernáculo, y tú eres uno de esos hombres.

Acabó de escribir su nombre.

—Ahora, aquí tienes el indulto de tu mujer... Puedes marchar hasta sin darme la mano.

Marceau se la cogió y la apretó con fuerza; quiso hablar, pero las lágrimas le impidieron articular una palabra, y fue Robespierre quien le dijo el primero:

—Vamos; es necesario partir; no hay un instante que perder. ¡Hasta la vista!

Marceau tomó la escalera; el general Dumas subía cuando él bajaba.

—¡Tengo su indulto! —exclamó arrojándose en sus brazos—. ¡Tengo su indulto! ¡Blanca está salvada!

—Felicítame también, —le respondió su amigo—; acabo de ser nombrado general en jefe del ejército de los Alpes, y vengo a dar las gracias a Robespierre.

Se abrazaron. Marceau se lanzó a la calle, y corrió a la plaza del Palais-Égalité, en donde su coche le esperaba dispuesto a marchar con la misma velocidad que había venido.

¡Qué peso se había quitado del corazón! ¡Cuánta dicha le esperaba! ¡Cuántas felicidades después de tantos dolores! Su imaginación soñó con el porvenir; veía el momento en que, desde el umbral de la puerta del calabozo, gritaría a su mujer: «¡Blanca! Eres libre por mí. Ven, Blanca, y que tu amor y tus besos desquiten la deuda de la vida».

Sin embargo, de vez en cuando una vaga inquietud atraviesa su espíritu, y súbito estremecimiento hiere su corazón. Entonces excita a los postillones, promete dinero, lo da; promete más aún; las ruedas hacen chispear el suelo; los caballos devoran el camino, y, sin embargo, le parece que no avanzan; los tiros de relevo están preparados en todas las postas; no hay retraso alguno; todo parece participar de la agitación que le atormenta. En unas cuantas horas, ha dejado tras de sí Versalles, Chartres, el Mans, la Fleche. Ve luego a Angers. De repente experimenta un choque terrible, asombroso; el coche vuelca y se rompe. Se levanta magullado, ensangrentado; corta de un sablazo las riendas que sujetan a uno de los caballos, se lanza rápidamente sobre él, llega a la primera posta, toma allí un caballo de carrera y continúa su camino, cada vez con más rapidez.

Por fin, atraviesa Angers, pronto ve Ingrande, llega a Varades, pasa Ancenis; su caballo chorrea espuma y sangre. Descubre a Saint-Donatien, después a Nantes. ¡Nantes, que encierra su alma, su vida, su porvenir! Algunos instantes más y estará en la villa; toca a sus puertas; su caballo cae delante de la prisión de Bouffays. ¡Qué importa! ¡Ya ha llegado!

—¡Blanca! ¡Blanca!

—Dos carretas acaban de salir de la prisión —responde el carcelero; ella va en la primera...

—¡Maldición!

Y Marceau se lanza a pie, por entre el pueblo, que se comprime y que corre hacia la gran plaza. Alcanza la última de las dos carretas. Uno de los condenados le reconoce.

—¡General, salvadla! Yo no he podido, y me han cogido. ¡Vivan el rey y la buena causa! —Era Tinguy.

—¡Sí! ¡Sí!...

Y Marceau se abre camino; la multitud le empuja, le comprime, pero le arrastra; llega a la gran plaza al mismo tiempo que ella; está enfrente del patíbulo, y agita su papel gritando:

—¡Indulto! ¡Indulto!

En este momento, el verdugo, cogiendo por sus largos cabellos rubios la cabeza de una joven, presentaba al pueblo aquel horrible espectáculo. La multitud, asombrada, se volvía con espanto, pues creía verle vomitar borbotones de sangre. De repente, en medio de aquella silenciosa multitud, se dejó oír un grito de rabia, en el que parecía haberse empleado todas las fuerzas humanas: Marceau acaba de reconocer, entre los dientes de aquella cabeza, la rosa encarnada que había dado a la joven vendeana.